



DICASTERIUM
DE CULTURA ET EDUCATIONE

LA EMPATÍA ES UN RECURSO QUE LAS UNIVERSIDADES CATÓLICAS LLEVAN EN SU INTERIOR

Cuando el Papa León XIV firmó, el 15 de mayo de 2026, su primera Carta Encíclica — significativamente, en el 135º aniversario de la *Rerum Novarum* de León XIII—, su intención no fue únicamente elaborar un documento programático. Su propósito era identificar con precisión la encrucijada histórica en la que hoy se encuentra la humanidad. El avance de la inteligencia artificial promete precisamente simular aquello que la tecnología nunca podrá sustituir: nuestra propia humanidad. Por ello, la Magnífica humanitas no es un tratado sobre la tecnología. Es, como indica su subtítulo, un documento sobre la salvaguarda de la persona humana en la era de la inteligencia artificial. Y es precisamente ahí, en ese punto de tensión entre simulación y experiencia, donde el Papa sitúa la empatía como una categoría en peligro, justificando así la urgencia de su llamamiento a una reflexión abierta: «Cuando la palabra es simulada, pero no encarnada, no construye una relación, sino solo su apariencia» (MH, n. 100). La primera Trienal de Arte Contemporáneo de las Universidades Católicas —que reúne a cien artistas y a siete universidades de tres continentes diferentes— nace de este llamamiento.

La Trienal como acto de empatía

Si existiera una palabra capaz de representar a las Universidades Católicas y su visión integral del significado de la educación, esa palabra sería precisamente «empatía». La empatía está presente en el origen de este proyecto universitario; define perfectamente su alcance específico y expresa de manera eficaz su misión. No se trata de un adorno retórico, sino de un principio estructural: es a partir de la capacidad de situarse en la experiencia del otro y de habitar su punto de vista como la universidad puede cumplir su vocación más profunda, es decir, generar comunidad en torno a la verdad. Como recordaba san Juan Pablo II en la Constitución Apostólica *Ex corde Ecclesiae* (1990), las universidades católicas nacieron «del corazón de la Iglesia», como una comunidad de profesores y estudiantes comprometidos con la búsqueda compartida de la verdad y plenamente abiertos a la totalidad de los saberes humanos. Es precisamente aquí donde la empatía entra en escena como una disposición firme que hace posible conjugar una rigurosa actividad científica con el cuidado constante de la persona. Hannah Arendt, en su ensayo *La crisis de la educación* (1954), escribió: «La educación es el punto en el que decidimos si amamos el mundo lo bastante como para asumir la responsabilidad de él». Esta intuición encuentra una resonancia particular en la tradición de las universidades católicas: educar no consiste únicamente en transmitir contenidos; es un acto de amor de quien se siente responsable del presente y del futuro del mundo, encontrando respuestas empáticas a sus necesidades.

La Trienal de Arte Contemporáneo de las Universidades Católicas se propone, además, crear una red entre universidades católicas repartidas por distintas geografías, aceptando el desafío de reconocer una identidad común que potencie la riqueza de la relación. Juntos constituimos un sistema, no una federación de intereses, sino un cuerpo vivo y articulado, al que cada institución contribuye

con su propia iniciativa, su propio lenguaje y su propio contexto histórico. Esta convergencia de visiones y de esfuerzos constituye, por sí misma, un acto de empatía institucional. El Papa León XIV anima a las universidades a hacer de la empatía un instrumento de su vida cotidiana. Como afirma con claridad en la Magnífica humanitas, la empatía es fundamental para que el conocimiento pueda «interpretar la complejidad» (MH, n. 137). Del mismo modo, es ella la que permite a la comunidad universitaria ejercer un impacto social y cultural, contribuyendo al «discernimiento sobre las decisiones que afectan a la vida» (MH, n. 72). No es casual que estas dos dimensiones —la capacidad de habitar la complejidad y la de llevar a cabo el discernimiento ético— aparezcan asociadas: solo una universidad capaz de empatía logra transformar la fragmentación de los saberes especializados en una sabiduría orientada al bien de las personas y de las sociedades concretas.

Una palabra sinónimo de esperanza

En el frágil y fragmentado contexto del presente, marcado por polarizaciones crecientes y por formas cada vez más sofisticadas de comunicación que, paradójicamente, aíslan más de lo que unen, la empatía se configura como una necesaria operación cultural de salvaguarda. Es un instrumento cada vez más indispensable para construir y compartir conocimiento, para tejer reciprocidad, para impulsar prácticas colaborativas, y no solo en el ámbito exclusivo de las relaciones personales, sino también, o sobre todo, en el entramado polifónico y amplio de la vida colectiva.

Las distintas formas de comunidad que componen la sociedad global —la familia, la escuela, la universidad, los espacios de la vida civil— solo tienen que ganar con la profundización de esta forma de saber en la que lo humano se expresa de manera privilegiada. Una familia que educa en la empatía forma personas capaces de afrontar la diferencia sin miedo; una universidad que la cultiva forma profesionales que no reducen al otro a un dato o a una función; un entorno laboral impregnado de empatía se transforma en un lugar de reconocimiento y no solo de productividad. Como señala el Papa León XIV, un sistema artificial puede reproducir las señales externas de la compasión, pero no puede sufrir con quien sufre ni alegrarse verdaderamente con quien se alegra. Por eso, en un tiempo en el que tantos procesos —informativos, relacionales e incluso afectivos— son delegados a los algoritmos, reafirmar la centralidad de la empatía humana se convierte en un acto de conciencia cultural y, al mismo tiempo, de esperanza.

La humildad sin la cual la empatía no existe

El término empatía es relativamente reciente. No existe en el griego antiguo ni en el latín clásico con el significado que hoy le atribuimos. Fue acuñado a finales del siglo XIX y su uso más recurrente se registra, curiosamente, en el ámbito de la estética. Cuando contemplamos un objeto artístico, proyectamos sobre él un dinamismo que pertenece a nuestra existencia psíquica y que nos permite sentirnos dentro de aquello que observamos. Desde el vocabulario propio de la estética, la aplicación del término empatía pasó posteriormente al campo de las relaciones interpersonales, ya que, cuando miramos el rostro de alguien, proyectamos también sobre ese rostro nuestro propio repertorio de estados interiores y podemos identificar, por analogía, sentimientos semejantes a los que ya hemos experimentado. Esta teoría general sobre la empatía, conocida como «teoría de la imitación interior», tuvo como autor al filósofo alemán Theodor Lipps y sería posteriormente retomada por la escuela de Husserl.

Cabe señalar que el círculo fenomenológico de Edmund Husserl percibió rápidamente que la teoría de Lipps, al explicar la comprensión del otro como una proyección del yo, corría el riesgo de no alcanzar al otro en su alteridad específica. Si todo aquello que reconozco en el rostro ajeno es una proyección de mi propia experiencia interior, nunca salgo, en realidad, de mí mismo: el otro permanece, en el fondo, como un reflejo mío y no como un sujeto autónomo dotado de una vida interior genuinamente distinta de la mía. Precisamente sobre este problema Edith Stein, filósofa, santa y doctora de la Iglesia, una de las referencias fundamentales para el diálogo entre fe y razón en la contemporaneidad, escribió su tesis doctoral, titulada *Zum Problem der Einfühlung* —«Sobre el problema de la empatía».

Stein insiste en un punto decisivo: nunca vivimos el dolor o la alegría del otro tal como el otro los vive; los vivimos como pertenecientes al otro. Es esta humildad constitutiva —el hecho de que la empatía nunca anule la alteridad del otro ni la absorba ingenuamente en mi propia experiencia— la que convierte la empatía en un acto de conocimiento respetuoso, y no en una forma de relativismo o de apropiación. El ejercicio paciente de esa proximidad en la que el otro puede ser verdaderamente reconocido como otro constituye una enseñanza importante para nuestra época, marcada por nuevas formas de incomprensión cultural o de despersonalización algorítmica.

La Trienal como escuela de la empatía

El concepto de empatía ofrece a la primera Trienal de Arte Contemporáneo de las Universidades Católicas un estímulo fecundo para poner en diálogo la estética y la ética y, al mismo tiempo, para impulsar a todos los saberes hacia una conversación interdisciplinar, acercándonos unos a otros para realizar juntos ese ejercicio exigente, paciente pero apasionante que es, en el fondo, el reconocimiento mutuo.

San John Henry Newman, en *The Idea of a University* (1852), había descrito con lucidez este mismo movimiento como el verdadero fruto de la vida universitaria: los estudiosos, orgullosos de sus propias disciplinas y, precisamente por ello, en competencia entre sí, se ven llevados por la convivencia a ajustar las pretensiones y los límites de sus respectivos campos de investigación, y así «aprenden a respetarse, a consultarse, a ayudarse mutuamente». Es precisamente este paso —de la rivalidad entre especializaciones al respeto recíproco, del aislamiento disciplinar a la ayuda mutua— el que la Trienal se propone favorecer, no solo entre los saberes, sino también entre personas, instituciones y culturas.

Afirmar la amistad como fermento cultural es una tarea urgente que debe unirnos a todos, dentro de nuestras comunidades universitarias y más allá de ellas. La creatividad artística puede potenciar nuevos ejercicios de empatía institucional y personal, inspirar el pensamiento y la acción, motivar la escucha y el fluir de la vida. La obra de arte está sostenida por una estructura paradójica que la convierte, al mismo tiempo, en una realidad física, visible y tangible —lienzo, piedra, vídeo, sonido— y en vehículo de una intencionalidad, de una herida, de una interioridad que la supera y que no se deja reducir a la pura materialidad. Es precisamente esta tensión entre materia y sentido la que hace de la obra de arte un lugar privilegiado para el ejercicio empático: ante ella, estamos invitados a suspender el juicio inmediato, a detener la mirada, a permitir que algo distinto nos interpele antes de clasificarlo o instrumentalizarlo.

Del mismo modo, en las relaciones humanas, el momento transformador acontece cuando dejamos de mirar al otro en función de su utilidad y somos capaces de reconocerlo en su propio ser, de manera gratuita y no instrumentalizable. Por ello, la Trienal puede legítimamente proponerse como una escuela de empatía, porque profundiza transversalmente en esa misma capacidad perceptiva y afectiva que estamos llamados a ejercer en las relaciones concretas de la vida académica y social. La propia arquitectura internacional del proyecto es ya, en sí misma, un ejercicio de empatía institucional, una invitación a habitar una escucha común del bien, de la verdad y de la belleza.

Agradecimientos

Una palabra de gratitud es debida a las siete universidades que se han adherido al proyecto de esta primera edición de la Trienal y que la han soñado empáticamente: a la Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro, en la persona de su Rector, P. Anderson Antonio Pedroso, S.J.; a la Pontificia Universidad Católica de Chile y a su Rector, Prof. Juan Carlos de la Llera; a la Pontificia Universidad Javeriana y a su Rector, P. Luis Fernando Múnera Congote, S.J.; al Boston College y a su Rector, P. John T. «Jack» Butler, S.J.; a la Universidad Católica del Sagrado Corazón y a su Rectora, Prof.^a Elena Beccalli; a la Universidad Católica Portuguesa y a su Rectora, Prof.^a Isabel Capelo Gil; y a la Universidad Católica de Angola y a su Rectora, Prof.^a Hermana Maria da Assunção.

El extraordinario artífice de esta Trienal es el Prof. Nuno Crespo, a quien el Dicasterio para la Cultura y la Educación ha confiado la curaduría general, junto con su equipo de trabajo, en particular el curador asistente João Pedro Amorim. A ellos se ha unido un creativo colegio de curadores que representan las siete etapas de esta Trienal; nuestro agradecimiento a Luiz Camillo Osorio y Cadu (Río de Janeiro); a Alexia Tala (Santiago); a Lucía Parias y Sylvia Suárez (Bogotá); a Sheila Gallagher (Boston); a Elena di Raddo y Alessandra Squizzato (Milán); a Filipa Oliveira y al P. João Sarmento, S.J. (Lisboa); y a Kiluanji Kia Henda, Mehak Vieira, Osvaldo Sebastião da Silva y Suzana Sousa (Luanda). Todos ellos han seleccionado a un centenar de artistas que son verdaderos maestros de la empatía: protagonistas capaces, cada uno a su manera, de enseñarnos a salir de nosotros mismos para habitar, con respeto y sin prisa, el mundo del otro.

Que la Trienal pueda reforzar el papel internacional de las Universidades Católicas como laboratorios culturales capaces de contribuir a la tarea de la humanización, activando dinámicas de pensamiento al servicio de la paz, del progreso espiritual y de la fraternidad.

Card. José Tolentino de Mendonça

Prefecto del Dicasterio para la Cultura y la Educación

6 de agosto de 2026